

LA UNIDAD EUROPEA Y LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

por el Doctor JOSE MARIA MARTINEZ VAL

Director del Instituto de Enseñanza Media de Ciudad Real.
Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Hace años que me vengo preocupando de este tema. En 1951 publiqué *La unidad europea*. Algo antes, *Educación y pacifismo*, *La enseñanza de la Historia en la enseñanza media*, etc.... Es natural que aproveche con mucho gusto la amable invitación del director de VIDA ESCOLAR para volver sobre temas que me son particularmente queridos.

Creo, sinceramente, que la enseñanza de la Historia debe ser renovada. Hasta hace muy pocos años, quién sabe si hasta ahora mismo, todavía la enseñanza de la Historia, y por supuesto que no sólo en España, tenía una finalidad meramente patriótica. Se quería, sobre todo, exaltar el valor de la propia nacionalidad. Era, sin duda, natural. Sólo que con naturalidades o con naturalismos no se puede construir la educación de un niño ni la formación de un pueblo. El hombre no es sólo naturaleza. Y puesto que hemos llegado a saber que las ciencias culturales (*la Historia*) son, en métodos y fines, exactamente lo contrario de las ciencias naturales, no estará de más que sometamos la enseñanza de la Historia al análisis necesario para sacarla de un mero naturalismo. No se trata de segregar todo lo que tiene de formación patriótica, no, de ninguna manera. Seguirá siendo necesario y conveniente que cada pueblo o nación cuide con mayor interés conocer y valorar aquello que le es más propio e inmediato. Hacer lo contrario sería un pecado *contra Natura*, quizá más grave aún que seguir la naturaleza (sólo la naturaleza) de las cosas. Pero cada vez se ve con más claridad que se hace urgente y preciso completar la formación histórica con referencias a lo próximo, a todos aquellos pueblos que, cercanos a nosotros en lo geográfico, han contribuido, unas veces con sus ataques, otras con sus estímulos, otras con sus colaboraciones, a conformarnos como somos; del mismo modo que nosotros, con nuestra presencia en ellos, en armas o en espíritu, también hemos contribuido a su formación.

Este pensamiento nos pone en el centro mismo de la cuestión. La historia de España no se puede comprender sin la historia de Europa. Es más: Estamos todos cayendo en la cuenta, en Europa, de que no hay "historias nacionales", sino una sola y grande "historia de Europa", un gigantesco proceso de formación, del que los períodos de consolidación de las nacionalidades (variable según cada una y sus circunstancias propias y diferenciales) no son más que capítulos previos a una estructura unitaria europea.

Basta, para comprenderlo, recordar, aunque sólo en sugerencia rápida, la reciente polémica en torno a lo español mantenida entre dos grandes de nuestra

Historiografía: Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz. Sus tesis contrapuestas (semitismo-arabismo, como ingrediente fundamental en Américo Castro; romanismo-germanismo y ampliación hacia atrás, más allá de la Edad Media, en Sánchez Albornoz) para explicar "lo español" y su formación tienen de común, sin embargo, que ambos reconocen que entre los ingredientes de "lo español" hay fuertes aportes exteriores. Lo español, y por ende, la Historia de España, no se explica por sí mismo. Hay que hacer, sin remedio posible, una transferencia a lo extranjero.

Pero exactamente lo mismo pasa en la Historia de Francia, de Italia o Alemania, por no citar más. Ninguna puede escribirse ni entenderse sin referencia a los vecinos, más o menos lejanos. Europa ha sido una vecindad dinámica. Y estamos alcanzando el tiempo maduro de los resultados de ese dinamismo. Creo que en la idea de *unidad europea* no hay sólo una preocupación por los mercados económicos o por la seguridad. Si de la seguridad se tratara, la cosa tendría solución en una alianza, como la existente, hoy por hoy, en la N. A. T. O. Y si se tratase de sólo cuestiones económicas quizá bastara con el Mercado Común. Pero ya vemos que no es así. El ansia de unidad continúa y se apunta ya a la idea de una *Europa de las Patrias* (pensamiento político de De Gaulle y Adenauer), mientras otros movimientos quieren ir más allá y crear la *Europa como Patria*. En uno y otro caso Europa está ya ahí, ante nosotros, como una incitación a crear algo nuevo, por encima de las fronteras, que van desapareciendo arancelariamente, como paso para desaparecer quizá, por lo menos en cierto modo, políticamente, a salvo de las peculiaridades y autonomías, por el momento aún invencibles, que no se pueden ni se deben desconocer. Europa se ha convertido, por utilizar una expresión que nos es querida y que resultó no sólo poética, sino exacta, en una *unidad de destino*. Todos los europeos vemos que estamos embarcados en un mismo destino. La fuerza de la Historia que actúa en el Vístula ya sabemos que no se detendrán, por ejemplo, en el Rin o en los Pirineos o en el paso de Calais. Pero ante este hecho—innegable—que dicta la unidad, que la impone, debemos hacer la reflexión de que esto es así porque previamente Europa ha vivido de una determinada manera y ha creado un cierto estilo de existir y de actuar. Si la Edad Media, con su fragmentación y sus dificultades de tráfico, comercio y cultura, creó las nacionalidades, desde su otoño (el "otoño de la Edad Media" de que habló Huizinga) comenzó a poblarse de espíritu unitario.

Por encima de las fronteras y de las luchas por el predominio (que no era sino la idea misma de Europa, que quería ser encarnada en un pueblo solo, o en una dinastía), el Renacimiento, el Barroco, el Neoclasicismo, el imperialismo de un Luis XIV, de un Napoleón o de un Hitler, no son sino movimientos europeístas.

La situación actual podríamos decir que está definida por el punto XIV del *Movimiento europeo* (Bruselas, 1949), que asirma:

“Europa debe, pues, unirse en virtud de razones a la vez morales y materiales. *Respetando la diversidad*, gracias a la cual desempeñó papel eminente en la Historia, en un orden en cuyo seno se armonicen la disciplina y la libertad, encontrará el vigor nuevo que le permita afirmar su independencia y su influencia como fuerza civilizadora, desempeñando un papel activo en los asuntos mundiales.”

Ahora bien, esta nueva actitud obliga a replantear, aun en el grado más elemental de la enseñanza, el tema general de la Historia. Hay que engastar la enseñanza de la Historia de España en la total Historia de Europa, pero no con un vago sentido pacifista y tranquilizador de viejos enconos, sino con verdadero *sentido científico*. Es decir, buscando efectivamente en la Historia un *sentido de la totalidad*. Creo que no se trata de “limar los programas” en las aristas que presentaban (y que, sinceramente, será muy difícil que dejen de presentar, no nos hagamos ilusiones). Eso no basta. Hay que “comprender” que todo lo español (como todo lo francés, lo alemán, lo inglés, lo italiano) sólo cobra total y profunda significación cuando se le engasta en el proceso histórico europeo. Es, pues, un nuevo “*espíritu de la Historia*” lo que se pide, lo que exigen los tiempos.

Porque de repente, así, en el plazo de muy breves años, tan pocos que caben holgadamente en el breve compás (tan debatido) de una generación (concretamente, de “nuestra generación”), Europa se nos ha presentado como una idea común y como un objetivo inequívoco. Algo, para que nos entendamos bien, como lo que en España ocurrió en la época de los Reyes Católicos. Que por encima de Castilla, Navarra, Aragón o Granada (y aun Portugal, aunque fallasen los sueños y los matrimonios de príncipes en el claro designio unitarista) apareció España como destino común de todos los pueblos, incapaces aisladamente de una acción tan grande como la que se realizó. Eso pasa hoy, aunque algunos no lo vean. Y por encima de las fronteras nacionales, llama la unidad, que lleva gestándose varios siglos. Europa es un vasto sistema de integraciones, que está llegando a días decisivos.

Se nos plantea, congruentemente con estos supuestos, la necesidad de replantear la enseñanza histórica, con vistas a nuevos horizontes mentales. Estimo que con ello nosotros salimos ganando, porque nuestra Historia de España es mucho más hermosa si se la concibe en función de universalidad. Lejos de recortarse su significación, queda engrandecida. Nuestras figuras más eminentes no perderán nada. Por ejemplo, un Alfonso VI, conquistador de Toledo, que por ello tiene ganada de fronteras adentro su fama, adquirirá relieve de gran europeo por la introducción de la Orden de Cluny. Y no es único, ni mucho menos. Y por el contrario, figuras nuestras que andan un tanto desvaídas en lo español alcanzarán su justa dimensión en cuanto las midamos a escala europea.

Por ejemplo, el cardenal Gil de Albornoz, “el mayor genio político de nuestra raza”, al decir de Menéndez y Pelayo; o Luis Vives, figura de máxima magnitud en el humanismo “europeo”. Nada digamos de América, obra de Europa, pero hija de España, cuya Historia y cuyo porvenir están absolutamente ligados al Viejo Continente.

Pienso, por otra parte, si esta “europeización” de la enseñanza elemental de la Historia no podrá ser el medio mejor para lograr eso tan difícil que debiera constituir la máxima preocupación de los educadores, dentro de la didáctica de la Historia: la formación del sentido histórico en el niño. Porque había que encontrar algún hilo conductor que nos guiase desde la vivencia casi física, ágilmente evocada, del héroe, del sabio o del artista “propios”, españoles, hasta la valoración de lo universal. El salto es grande y se necesitaba un eslabón. Ese eslabón puede ser la historia a escala continental. Ni tan próximo como lo nuestro ni tan lejano como lo que siempre ha sido ajeno. Las figuras, los acontecimientos, los resultados de nuestro contorno geográfico y vital, aquellos países con los que hemos convivido a lo largo de más de dos milenios, con los que estamos en contacto permanente, ahora cada vez más frecuente e íntimo, deben ser ese nexa didáctico que nos faltaba.

Como ocurre siempre, un principio teórico se revela rico en consecuencias prácticas, incluso instrumentales. Así ocurre en cuanto se medita un poco seriamente en la idea de la unidad europea. La paz, con ser tan importante, con ser un bien colectivo tan apetecible, no es toda la riqueza de la idea.

Vemos que la idea de la unidad europea, en relación con la enseñanza elemental de la Historia, conduce a conclusiones claras, básicas:

- 1) A una rectificación de la Historia de España, que resultará engrandecida si la proyectamos sobre el escenario total de Europa.
- 2) A una comprensión de Europa, como diversidad dinámica en busca de unidad.
- 3) A una comprensión total de la cultura europea, como síntesis de los esfuerzos de muy varios pueblos.
- 4) A una superación de los nacionalismos, que se han demostrado ya incapaces de resolver las dificultades, de todo orden, que se plantean en una sociedad fuertemente tecnificada y social, como es la actual.
- 5) A una revisión de las funciones históricas de personajes o complejos acontecimientos históricos, cuya valoración habrá de variar cuando se haga a escala europea. (Por ejemplo, nuestra Reconquista adquirirá mucho mayor volumen y trascendencia cuando se vea no sólo como el tiempo en que se forma la nacionalidad española, sino como lo que realmente fue: Defensa de Europa y del cristianismo.)
- 6) A una reestructuración de los programas escolares, donde deberá darse entrada, moderadamente, pero sin dudas ni vacilaciones, a hechos históricos europeos de gran magnitud, hoy ausentes de nuestra consideración escolar.
- 7) A nuevos puntos de vista didácticos, en función de la formación del sentido histórico en el niño y no mero anecdótico bélico.

BIBLIOGRAFIA

(La bibliografía europeísta es extraordinariamente abundante. Se selecciona aquí la que se estima más importante o más accesible y únicamente en idiomas español o francés.)

- AZAOLA, J. M.: *En busca de Europa*. Madrid, 1949.
 MARTÍNEZ VAL, J. M.: *La unidad europea*. Ciudad Real, 1951.
 BERNACER, LARRAZ y otros: *Estudios sobre la Unidad Económica Europea*. Madrid, 1951 y sigs. (Varios volúmenes.)
 GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *La Europa de Estrasburgo*. Madrid, 1957.
 USCATESCU, JORGE: *El problema de Europa*. Madrid, 1950.
 VENTOSA Y CALVELL, J.: *Breviario de problemas contemporáneos*. 1951.
 DUQUE DE MAURA: *La crisis de Europa*. Rialp, Madrid, 1952.
 CHRISTOPHER DAWSON: *Hacia la comprensión de Europa*. Rialp, Madrid, 1953.
 PRAT BALLESTER, JORGE: *La lucha por Europa*. Miraflores, Barcelona, 1952.
 SAINT LOURENT: *La integración Europea*. Barcelona, 1957.
 PEÑALOSA ESTEBAN-INFANTES, MARGARITA: *Aspectos europeístas desde la segunda guerra mundial*. Ciudad Real, 1959.
 MADARIAGA, SALVADOR: *L'Esprit d'Europe*. París, 1952.
 NIKURADSE, ALEXANDRE: *Objectifs et méthodes des études européennes*. París, 1956.
 COUDENHOVE-KALERGI, CONDE: *PanEuropa*. Madrid, 1926.
 DAWSSON, CH.: *Los orígenes de Europa*. Madrid, 1955.
 DAWSON, CH.: *Situación actual de la cultura europea*. Ed "O crece o muere". Ateneo de Madrid.
 ORTEGA Y GASSET, J.: *Meditación de Europa*, en "Revista de Occidente". Madrid, 1960.
 DEMANGEON, J.: *La declin d'Europe*. París, 1920.
 DELAISI, F.: *Les deux Europes*. París, 1925.
 HERRIOT, H.: *Los Estados Unidos de Europa*. Madrid, 1925.
 PHILIP, A.: *L'unité européenne. L'heure de la destitution*. Bruselas, 1951.
 PIRENNE, HENRY: *Histoire de l'Europe*. Bruselas, 1936.
 REYNOLD, GONSAGUE DE: *La formación de Europa*. Madrid, 1955.
 ROGELMONT, DENIS DE: *L'Europe en jeu*. París, 1947.
 SIEGFRIED, A.: *La crise d'Europe*. París, 1935.

¿Qué acontecerá en las sociedades cuando el ingreso pueda proporcionar a todo el mundo tan buenos alimentos que, por su propia gran calidad susciten controversias sobre salubridad pública, alojamiento de tal categoría, que la gente no se sienta inclinada a esforzarse mucho por mejorarlo, ropas igualmente adecuadas y, prácticamente al alcance de todos, una Lambretta o un Volkswagen —aun cuando no necesariamente un enorme auto norteamericano de doble cola—? No se ha llegado a alcanzar plenamente esta etapa; pero ha sido lograda por una buena parte de la población norteamericana y del norte de Europa, suficiente para plantear, como grave y significativo problema, la naturaleza de la etapa siguiente.

Después de todo, desde el principio de los tiempos la vida de la mayor parte de los seres humanos ha estado consagrada principalmente a la consecución de alimento, refugio y vestido para ellos y sus familias. ¿Qué sucederá cuando avance un paso más, según la dinámica de Buddenbrook, hacia el ingreso real por sí mismo, al mismo tiempo que se establece una utilidad relativa decreciente?

¿Caerá el hombre en un estancamiento secular del espíritu, sin hallar una salida digna a la expresión de sus energías, aptitudes e instintos hacia la inmortalidad? ¿Seguirá, acaso, el ejemplo de los norteamericanos y reimpondrá la vida activa elevando el índice de natalidad? ¿Crearé el diablo trabajo para los desocupados? ¿Llegarán los hombres a conducir las guerras con la sola violencia necesaria para convertirlas en un buen deporte —y para acelerar la depreciación del capital— sin llegar a hacer volar en pedazos el planeta? ¿Acaso la exploración del espacio exterior brindará una válvula de escape, adecuadamente interesante y dispendiosa, para las ambiciones y los recursos? O bien, el hombre, convertido en *masse* en una versión suburbana del caballero provinciano del siglo XVIII, ¿encontrará horizontes suficientes para conservar su esencia de por vida en una mezcla equivalente a la caza, el tiro y la pesca, la vida misma del intelecto y del espíritu y la mínima tragedia que representa la perpetuación de la especie humana? (Entre paréntesis, dudamos que la mitad de la raza humana —es decir, las mujeres— reconozca la realidad del problema, pues, en una sociedad en la que prácticamente ha desaparecido la servidumbre personal, la crianza de los hijos constituye un programa humano sumamente amplio, con o sin bienes duraderos de consumo. El problema del tedio concierne al hombre, cuando menos hasta que crezcan los hijos).

(W. W. Rostow: *Las etapas del crecimiento económico*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1961, pp. 112-113)